

29.
CORAZÓN DE JESÚS
PAZ Y RECONCILIACIÓN NUESTRA

Cor Iesu, pax et reconciliatio nostra

*P. Marcelo Gallardo, Sacerdote argentino
Misionero en Tierra Santa*

Enseña Pío XII¹ que la devoción al Sagrado Corazón bien entendida «es el acto de religión por excelencia». Cada letanía nos presenta un aspecto de ese Corazón que tanto amó a los hombres invitándonos a penetrar en las insondables riquezas de Cristo y ofrecer nuestra «plena y absoluta voluntad de entregarnos y consagrarnos al amor del Divino Redentor, cuya señal y símbolo más viviente es su Corazón traspasado». En esta letanía invocamos con confianza al Sagrado Corazón como paz y reconciliación nuestra.

Fundamento bíblico

La Sagrada Escritura nos enseña la historia de la Salvación. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios se rebela contra su creador y por el pecado se aleja voluntariamente de Dios, pierde la amistad con él, la muerte entra en el mundo.

El pecado trajo como consecuencia una ruptura interior, la pérdida de la armonía de las facultades y una ruptura exterior que se manifestará en las enemistades y guerras fratricidas entre los hombres. Primer ejemplo de esta nueva situación del hombre es el asesinato de Abel a manos de su hermano Caín. Se ha perdido la amistad y la paz con Dios y como consecuencia la concordia entre los hombres.

¹ Pío XII, Encíclica *Haurietis aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón (15/5/1956), 2.

El sentido fundamental del término bíblico *shalom*, que se traduce normalmente como paz, indica la idea de bienestar con diferentes matices², salud, seguridad, incolumidad, prosperidad, buen éxito. La paz es la suma de todos los bienes y por eso es un don de Dios. Lo contrario de la paz es el mal, en cualquiera de sus formas entre las que se encuentran los desórdenes y la guerra.

La historia bíblica es la historia de los hombres que desean y luchan por la paz y que descubren una y otra vez que la paz es un don de Dios, un don que no pueden alcanzar con sus solas fuerzas. En el antiguo testamento la paz está siempre relacionada a la amistad con Dios que se manifiesta en el cumplimiento de sus mandamientos y por eso dice el salmista: *mucha paz tienen los que aman tu ley* (Sl 119,165). Cuando el pueblo de Israel se aleja del cumplimiento de los mandamientos pierde la paz y es sometido por sus enemigos.

La paz es una promesa mesiánica. El Salvador prometido en los albores de la humanidad restaurará la amistad perdida por el pecado y hará posible que todos los hombres, los que están lejos y los que están cerca, puedan alcanzar la paz (cf. Is 57,19). La nueva alianza será una *alianza de paz* (Is 54,10) y el Mesías es presentado como *príncipe de la paz* (Is 9,6), en sus días *florecerá la justicia y la paz abundará eternamente* (Sl 71,7) y *Él mismo será la paz* (Mi 5,4).

Meditación

1. Desde el seno de la Virgen María el Corazón de Jesús latía con *deseos de paz y no de aflicción para darnos un porvenir y una esperanza* (Jr 29,11). El Verbo Encarnado desde su nacimiento hasta su Ascensión a los cielos es la luz que *guía nuestros pasos por el camino de la paz* (Lc 1,79). En Belén

² Cf. FRANCESCO SPADAFORA, *Diccionario bíblico*, Barcelona 1959, voz: Paz, p. 452.

los ángeles anuncian la paz para aquellos a quienes ama el Señor; en los comienzos de la predicación evangélica Nuestro Señor proclamó *Bienaventurados a los que trabajan por la paz* (Mt 5,9); antes de sufrir la Pasión y muerte en la Cruz dejó a sus discípulos el don de su paz y una vez resucitado saluda a sus discípulos ofreciendo su paz. Todos los que encuentran a Jesús con un corazón bien dispuesto, desde Belén hasta la Ascensión, encuentran la paz. La Virgen con San José, los pastores, los reyes magos, los discípulos, los esposos de Caná, las santas mujeres, el buen ladrón, todos encontraron la paz en el Corazón de Jesús. Lo mismo sucede a lo largo de la historia. Quien encuentra a Jesucristo con las debidas disposiciones, aún en medio de pruebas y dificultades, encuentra en Él la paz.

2. Los cristianos de Tierra Santa llaman a la noche del Jueves Santo «la noche de los misterios» o al mismo Jueves Santo «jueves de los misterios». La misma palabra misterio se usa para indicar algo misterioso, oculto, como para indicar a los sacramentos, signos eficaces de la gracia. En la noche de los misterios Nuestro Señor instituyó el sacramento de la Eucaristía y el sacramento del Orden Sagrado. Un nuevo sacrificio, una nueva víctima y nuevo sacerdocio. Él es el Sumo Sacerdote que se ofrece a sí mismo como Víctima en la Cruz y nos dejó el memorial de su Pasión en la Santa Misa, instituyendo sacerdotes que renueven su mismo sacrificio. Esa noche, en la que transformó a los Apóstoles en sacerdotes, les abrió también los misterios de su corazón. Les confesó que ardientemente había deseado celebrar esa Pascua con ellos, les reveló que su alma estaba triste hasta la muerte y tres de sus discípulos lo vieron sudar lágrimas de sangre en Getsemaní. Fue la noche en la que lavó los pies de sus discípulos y los llamó amigos. Fue la noche en la que les dijo que no se turbara su corazón, la noche en la que les dejó su

paz como fruto de su sacrificio: *la paz os dejo, mi paz os doy; nos os la doy como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde* (Jn 14,27).

También aquí como en el Antiguo Testamento la paz está unida a la amistad con Dios. En este caso es fruto de la amistad con Jesucristo, el Verbo Encarnado. A sus amigos les otorga el don de su paz y la condición para recibirla es que mantengan su palabra: *vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando* (Jn 15,14). Busquemos la amistad con Jesucristo y encontraremos la paz y la reconciliación.

3. Alcanzar la paz interior es el trabajo de toda la vida espiritual. Muchas cosas pueden hacernos perder la paz: nuestros propios pecados, la debilidad que ellos han dejado en nuestra alma, diversas tentaciones, dudas, pruebas interiores o exteriores, ofensas recibidas, incomprensiones, sufrimientos, persecuciones, enfermedades... Muchas y diversas son las pruebas por las que debe pasar el cristiano; Jesucristo nos ha prevenido claramente: *en el mundo tendréis luchas, pero tened valor: yo he vencido al mundo* (Jn 16,23).

En este sentido San Juan Pablo II enseña cómo el *Corazón de Jesús es nuestra paz y reconciliación* en las distintas luchas que podamos experimentar: «En Su Corazón encontrará paz y descanso; allí, su duda se transformará en certidumbre; el ansia, en quietud; la tristeza, en gozo; la turbación, en serenidad. Allí encontrará alivio al dolor, valor para superar el miedo, generosidad para no rendirse al envilecimiento y para volver a tomar el camino de la esperanza»³.

Debemos tener la humildad de reconocer y pedir perdón de nuestras faltas a Dios, que son la causa de nuestros desórdenes y pedirle al Sagrado Corazón que nos conceda su paz.

³ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (3/9/1989).

4. Buscar la paz interior en Jesucristo no significa la búsqueda egoísta del bienestar personal. El cristiano encuentra su paz en el Corazón de Cristo y sabe que es un don que debe comunicar con su ejemplo y con su esfuerzo. *Bienaventurados los que trabajan por la paz porque serán llamados hijos de Dios* enseña Nuestro Señor (Mt 5,9).

La paz de Cristo debe extenderse a las relaciones entre los hombres y entre los pueblos. El mundo alejado de Dios se ha desgarrado en los últimos tiempos en las guerras más mortíferas y crueles de toda la historia humana. Guerras mundiales, genocidios, el flagelo del aborto y de la eutanasia son el amargo fruto de una sociedad sin Dios. En los tiempos del Antiguo Testamento el pueblo elegido tenía la llave de lectura de la historia: sabía que si se alejaba de Dios y de su alianza perdía la paz y caía en la esclavitud. Los profetas le recordaban que solamente podían recuperar la paz si volvían a ser fieles a la alianza. Luego de la venida del Mesías no puede haber paz sin Jesucristo o estando en contra de Jesucristo. El cristiano sabe por la fe que Cristo *es nuestra paz* (Ef 2,14) y que la paz y la prosperidad de los pueblos sólo es posible en la medida en que abran las puertas a Cristo. De ahí la urgencia de trabajar para que Cristo reine en los corazones y así alcanzar «la paz de Cristo en el reino de Cristo» como rezaba la máxima del Papa Pío XI.

El Corazón de Jesús nos ofrece su paz. Él es nuestra paz y nuestra reconciliación. A Él debemos acudir con confianza renovada para vivir en paz con Dios y en concordia con nuestros hermanos. Podemos aplicar al Sagrado Corazón las palabras que San Juan de la Cruz pone en boca de Dios Padre que nos dice: «pon los ojos sólo en Él; porque en Él te lo tengo puesto todo y dicho y revelado, y hallarás en Él aún más de lo que pides y deseas»⁴.

⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, L. 2, cap. 22, n. 4.

Nos recuerda San Juan Pablo II que «también la Bienaventurada Virgen es para la Iglesia una presencia de paz y de reconciliación». Acudamos a Ella, Reina de la Paz, para que su Corazón Inmaculado «nos obtenga de Cristo el don mesiánico de la paz y la gracia de la reconciliación, plena y perenne, con Dios y con los hermanos»⁵.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (3/9/1989).